

LOS INTERESES DE JESÚS

**Por el P. F. G. FABER
Religioso felipense**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla**

I.S.B.N : 84-7770-253-5
Depósito Legal: B-8736-95
Impreso por BIG, S.A.
Industria Gráfica

INTRODUCCIÓN

Federico Guillermo Faber (1814-1863) nació en el condado de York en 1814. En 1837 se hizo ministro anglicano y fue nombrado rector de Elton, condado de Huntington. Se convirtió al catolicismo siguiendo a Newman, en el admirable movimiento Oxford. Con sus amigos convertidos como él fundó la comunidad de «Hermanos de la Voluntad de Dios». Se ordenó sacerdote en 1847 y, al año siguiente, entró con sus amigos en el Oratorio de San Felipe de Neri, donde fueron recibidos por Newman. Murió en Londres en 1863 siendo superior del Oratorio.

Faber es considerado como el príncipe de los autores espirituales ingleses. Se inspira en las escuelas italiana y francesa, aun-

que con muchas aportaciones personales. Sus obras han sido de las más leídas y apreciadas en todos los idiomas a que se han traducido. Fundado en el dogma, que conoce bien, y en su larga experiencia de director de almas, trata de llevar a sus lectores al conocimiento íntimo de los misterios de Cristo para hacérselos vivir intensamente. Exalta con fervor la devoción a María y el amor a la Iglesia y al Papa, cosa muy significativa en un convertido del anglicanismo.

Una de sus obras principales es la titulada «Todo por Jesús», la cual es digna de leerse completa; pero para no abrumar al lector con una obra voluminosa, en esta colección presentaremos en varios libritos, lo más importante de la misma.

Sabemos por experiencia que en estos tiempos las obras voluminosas tienen poca aceptación; se venden poco y aún se leen menos, y por este motivo nos interesa presentar lo mejor de cada autor en libritos pequeños y muy atractivos. De esta forma estamos consiguiendo que muchas personas logren leer los libros que no se atreverían a leer por ser demasiado grandes.

Andrés Codesal

PRIMERA PARTE

Intereses de Jesús

SECCIÓN I

Jesús todo por nosotros y todo por amor

Jesús nos pertenece y se digna ponerse a nuestra disposición, y nos da cuanto somos capaces de recibir, y nos ama con un amor que no hay lengua que pueda expresar, ni criatura alguna que sea capaz de imaginar ni concebir, y condesciende a desear con un anhelo inefable que nosotros le amemos con puro y fervoroso amor.

Sus méritos pueden llamarse nuestros

como suyos; sus satisfacciones son, más que suyo, nuestro tesoro; sus Sacramentos no son otra cosa sino los medios que su amor inventara para comunicarse a nuestros corazones. Doquiera volvamos la vista en la Iglesia de Dios, allí está Jesús. Él es para nosotros principio, medio y fin de cuanto existe. Es nuestra ayuda en la penitencia, nuestro consuelo en el dolor, nuestro socorro en la tribulación. Nada hay bueno, nada santo, nada bello, ni nada agradable, que no sea para sus siervos.

Ninguno puede llamarse pobre, porque si quiere, puede tener a Jesús por su propia herencia y posesión. Ninguno debe dejarse dominar por la tristeza, porque Jesús es la alegría del Cielo, y tiene sus mayores complacencias en habitar con las almas angustiadas.

Podemos exagerar muchas cosas, pero jamás encareceremos debidamente nuestros deberes para con Jesús, ni el exceso de su tiernísimo amor hacia sus culpables criaturas. Si empleáramos toda nuestra vida en hablar de Jesús, nunca llegaríamos a agotar las riquísimas y suavísimas cosas que de Él pudieran decirse. La eternidad no es bastante larga para aprender todo lo que Jesús

es, ni para alabarle por todo cuanto ha hecho; mas no importa, porque en la eternidad viviremos siempre en su compañía, y todo cuanto deseáramos lo obtendremos.

Nada nos ha escaseado Jesús. No hay facultad de su Alma purísima que no haya tenido que hacer en nuestra salvación; no hay un solo miembro de su Cuerpo santísimo que no sufriera por nosotros; no hay pena, oprobio e ignominia que en favor nuestro no apurara hasta las últimas heces de su amargura; no hay una sola gota de su sangre preciosísima que no derramara por nosotros, ni latido de su sacratísimo Corazón que no fuera un acto de amor.

En las vidas de los Santos leemos cosas tan asombrosas sobre su amor a Dios, que ni siquiera nos atrevemos a pensar en imitarlas. Unos practicaron prodigiosas austereidades; otros pasaron toda su vida en un silencio sepulcral; éstos se arroaban en suavísimos éxtasis y raptos; aquéllos eran amantes apasionados del sufrimiento y desprecio; los unos suspiraban y se consumían en una santa impaciencia por morir, y los otros hasta cortejaron la muerte y exhalaron su postrer suspiro en medio de los más atroces tormentos de un martirio cruel.

¿No os sorprende cada uno de estos prodigios de amor? Pues bien; juntadlos todos en un solo corazón, concebid dentro de él todo el amor de Pedro, Pablo y Juan, el de San José y la Magdalena, el de todos los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes que ha habido hasta hoy; imaginaos que un milagro da resistencia a este corazón para contener tanto amor; añadid ahora todo el encendido fuego divino de los nueve coros de innumerables Ángeles, y hacedle, por fin, rebosar con la abrasada caridad del Corazón inmaculado de nuestra Madre querida, y todavía todo ese amor no se acercará, ni siquiera será una imitación mezquina del amor que Jesús tiene a cada uno de nosotros, por indignos y malvados que seamos.

Conocemos nuestra propia perversidad, nos aborrecemos por nuestras culpas pasadas y nos irritamos con nuestra ruindad y vileza, y Jesús, sin embargo, nos quiere con ese tiernísimo amor, y está pronto, si necesario fuere, según lo reveló a uno de sus siervos, a volver a bajar del Cielo para ser otra vez crucificado por cada uno de nosotros.

Lo verdaderamente asombroso no está en que nos amara tanto, sino más bien en

que se dignase amarnos. Considerando quien es Él y lo que somos nosotros, ¿tenemos, acaso, un solo título a su amor, a no ser el exceso, y sin nuestro Jesús adorable, hasta la desesperación de nuestra miseria? No tenemos ningún otro título para con Él, sino aquéllos que Él mismo, en su misericordia infinita, inventara en favor nuestro. ¿Puede haber cosa más odiosa ni más ruín y miserable que nosotros? ¡Y, no obstante, nos ama con tal exceso de amor!

¿Cómo es que siempre no nos ocupa esta única idea? ¿Cómo podemos tomar interés por otra cosa que no sea el tiernísimo amor de Dios a sus culpables criaturas? Es casi increíble que lleguemos a desempeñar nuestras tareas diarias, que gustemos de las criaturas, que no nos estorbe comer, ni beber, ni dormir, teniendo delante de nosotros, a todas las horas del día y de la noche, el objeto del más entrañable amor y de la caridad más abrasada del Dios omnipotente, sapientísimo, santísimo, bellísimo y eterno.

¡Oh la más increíble de las más espantosas maravillas! Las bendiciones llegan casi a ahogarnos; las gracias se multiplican hasta sobrepujar el cálculo; las misericordias divinas se renuevan todos los días y

después de todo nos espera la recompensa que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano concibió jamás. Esto por lo que hace a Jesús.

Y hasta hoy, ¿qué hemos hecho nosotros por quien tanto trabajó en favor nuestro, y cuyo único objeto en todos sus actos no fue otro sino ganar nuestro amor?

¡Oh!, fijamos la vista en un Crucifijo, y apenas nos commueve; oímos hablar de las amarguras de su Pasión, y nuestros ojos permanecen enjutos y frío nuestro corazón; doblamos la rodilla para orar, y difícilmente conseguimos mantener fijo nuestro pensamiento en Jesús el espacio de un cuarto de hora; vemos que otros pecan, ¿y qué nos importa a nosotros?

¡Seguramente que bien poco nos interesa Jesús cuando es tal nuestra conducta para con Él! Sin embargo, así sucede, por desgracia. Seguimos nuestros caprichos, y hacemos siempre nuestra voluntad; nuestro principal objeto es gozar y ocuparnos en cosas que halaguen nuestro amor propio.

Por lo que hace a la penitencia, se reserva para lo último. Es preciso que disfrutemos ahora de comodidades corporales y conveniencias mundanas; y la vida espiri-

tual no debemos considerarla sino como una de esas consolaciones interiores, sin las cuales nos inquieta el corazón por no hallarse en su centro.

Si honramos a Dios, es por interés; si socorremos a nuestros hermanos, ¡hasta en la caridad!, nos buscamos a nosotros mismos. ¡Pobre Jesucristo!, como solía decir San Alfonso de Ligorio, ¡pobre Jesucristo! ¡Quién piensa en Ti! ¡Quién promueve tus intereses!

He aquí, pues, el verdadero objeto de nuestra vida: cuidar de los intereses de Jesús, y promoverlos por cuantos medios estén a nuestro alcance. Difícilmente habrá objeto alguno mundial de importancia que no tenga alguna asociación para defender sus derechos y promover sus intereses. ¿Por qué, pues, no habrían de tenerla igualmente los intereses de Jesús? La ciencia tiene sus academias y sus juntas respectivas; se asocian los hombres entre sí con objeto de hacer triunfar algunas de sus opiniones políticas favoritas, ¿y todavía no habíamos de abrir una oficina para despachar los negocios de Jesús, para defender sus derechos y fomentar sus intereses? Pues no olvidéis que éste es cabalmente nuestro fin.

Esto supuesto, tratemos ahora de formarnos una idea exacta de los intereses de Jesús; de otra suerte, nada podremos hacer para aumentarlos. Nunca el hombre trabaja a ciegas; es menester que conozca siempre lo que tiene entre manos. Vosotros sabéis lo que es tomar interés por alguna cosa. Si dirigís una mirada por el mundo, veréis que todos tienen algún interés predilecto; en el mundo casi existen tantos intereses como personas hay en él.

Todos vosotros tropezáis en la calle con alguno que va tras un objeto cualquiera; lo conoceréis en su semblante, en la viveza de los ojos y en su paso acelerado. Sea ese objeto político, literario, mercantil, científico, de pura ambición o inmoral, lo cierto es que todos toman a pecho el interés de su elección, y que desempeñan a las mil maravillas su cometido. Por él trabajan con desvelo todo el día, pensando en él se van a la cama, con él sueñan y con él despiertan por la mañana.

Es, pues, indudable, que los hombres tienen un sinnúmero de intereses en el mundo, que están apasionados por ellos y que por ellos trabajan hasta con frenesí. ¡Oh, si trabajásemos así por Dios, por nuestro bonísimo, misericordioso y eterno Dios!

También el demonio tiene sus intereses en el mundo; se le ha permitido formar una monarquía en oposición a Dios, y como todos los soberanos de la tierra, posee una multitud de intereses. Así es que tiene agentes por todas partes, espíritus invisibles, diligentes, activos, que hormiguean en las calles de las grandes poblaciones para hacer prosperar los intereses de su rey.

También nuestros hermanos se alistan a millares bajo la bandera del diablo, no pocos trabajan gratis en favor suyo; y lo que es más deplorable todavía, una gran parte hasta llega a persuadirse que está ejecutando una obra divina, ¡tan buena e inocente es a sus ojos!

SECCIÓN 2

Intereses de Jesús

Examinemos ahora los intereses de Jesús; echemos una ojeada por toda la Iglesia, su esposa. Recorramos primeramente el cielo, o la Iglesia triunfante. El interés de Jesús consiste en que se aumente por todos los medios posibles, y a cada hora del día y

de la noche, la gloria de la Beatísima Trinidad; y dicha gloria divina, llamada accidental, se aumenta con toda buena obra, palabra y pensamiento, con toda correspondencia a la gracia, con toda resistencia a la tentación, con todo acto de adoración, con todo Sacramento debidamente administrado o humildemente recibido, con todo homenaje y acto de amor a María, con toda invocación a los Santos, con toda cuenta de Rosario, con toda gota de agua bendita, con toda señal de la cruz, con toda pena pacientemente sufrida, con toda calumnia tolerada con resignación, y con todo buen deseo, aunque no se ponga por obra.

Todas estas cosas, como se hagan con devota intención y en unión con los méritos de Nuestro Señor amoroso, aumentan considerablemente la gloria divina.

No se pasa una sola hora, así al menos lo creemos, en que no arribe al puerto dichoso del cielo una nueva alma, procedente del purgatorio o de la tierra, para empezar su eternidad de alabanzas y arrobamientos. Cada alma que aumenta la muchedumbre de adoradores, cada voz silenciosa agregada a los coros angélicos es un grado más de gloria divina, y en el interés de Jesús está

hacer que estos arribos sean cada vez más frecuentes, y que esas almas lleven consigo, a su entrada en la gloria, un riquísimo tesoro de merecimientos, y un grado muy subido de amor de Dios.

Del cielo bajemos con la consideración a ese vastísimo reino del purgatorio, con su emperatriz madre María. Toda esa innumerable muchedumbre de almas son las esposas fieles y queridas de Jesús; pero, ¡en qué espantoso abandono de tormento sobrenatural no las ha dejado su amor! Jesús suspira por su libertad; anhela con vivas ansias verlas transportadas de esa tenebrosa región llena de tinieblas y sufrimientos, a la esplendorosa luz de su mansión celestial; sin embargo, se halla en cierta manera atado por sus propias manos. Ya no les concede ninguna gracia, no les otorga tiempo de hacer penitencia, ni las permite merecer, y según algunos han creído, ni siquiera pueden allí orar. ¡Cuán lamentable no será, pues, la situación de esas almas afligidas en tan terrible morada!

Porque —y medítese bien esto— la suerte dichosa de estas almas depende más bien de la tierra que del Cielo, más de nosotros que de Jesús; así lo ha ordenado Aquél de

quien todo depende, y sin el cual no hay dependencia alguna. Es, pues, evidente que Jesús tiene intereses en el purgatorio, y desea ver a sus cautivos puestos en libertad. A nosotros, que si tenemos un principio de vida sobrenatural, es favor suyo, nos pide ahora, con lágrimas en los ojos, que rescatemos a aquéllos a quienes El ha redimido.

Toda satisfacción ofrecida a Dios por esas almas benditas, toda oblación de la preciosa sangre presentada al Padre Eterno: oír misa, comulgar, mortificarse, las indulgencias, el jubileo, la recitación devota del *De profundis*; la limosna dada al más menesteroso; todas estas cosas forman parte de la gloria de Jesús, y como se apliquen por la intención de esos hermanos nuestros, aumentarán a todas horas los intereses de Jesús en el imperio mariano del purgatorio.

A nuestra disposición están las infinitas satisfacciones de Jesús, los dolores de María, los tormentos de los mártires y la labradora perseverancia en el bien obrar de los confesores. Jesús no quiere hacerlo aquí por sí mismo, porque desea ver cómo le ayudamos nosotros, y porque cree igualmente que se alegrará nuestro amor dejándonos algo que hacer en obsequio suyo.

Trasladémonos ahora a la Iglesia militante; aquí los intereses de Jesús son muy ricos y varios. Se encuentran cosas que hacer y cosas que omitir, corazones que persuadir y corazones que disuadir. Tanto es lo que hay que hacer, que uno no sabe por dónde empezar, ni cuál sea lo primero que deba ponerse por obra.

Aquéllos que no aman a Jesús es preciso que le amen; y quienes tienen la dicha de amarle, que crezcan todos los días en semejante amor. Cada uno de nosotros podía tomar para sí un departamento, y en él hallaría obra en que emplear toda su vida. Los hombres en su agonía es uno de los departamentos que podríamos escoger. ¡Oh y qué peligro corren los más caros intereses de Jesús en el lecho de esa muchedumbre de moribundos que en la redondez del globo están exhalando su postrer suspiro a cada momento del día y de la noche!

Satanás trabaja sin descanso; las tentaciones caen sobre ellos más espesas que los copos en una gran nevada; y quienquiera que gane esta batalla, Jesús o el diablo, ceñirá eternamente la corona del vencedor, porque ya no ha lugar a un segundo combate.

Hay agonizando católicos que hace años no se acercaron a recibir los Sacramentos y santos cuyo medio siglo de merecimientos y amor heroico corre un inminente peligro de perderse. Solamente necesitan una cosa: la perseverancia final, y por más esfuerzos que hagan no conseguirán merecerla.

¡Y Jesús murió por cada uno de ellos tan exclusivamente como si no hubiese ningún otro por quien dar su vida; y ahora mismo está pronto si necesario fuese, a volver a bajar del Cielo para ser otra vez crucificado por esos infelices! ¡Recorramos toda su larga Pasión; enumeremos sus pasos, sus lágrimas, sus gotas de sangre; contemos las espinas, los golpes, los esputos, las caídas; penetremos en los insondables abismos de oprobios e ignominias que envuelve semejante Pasión; sondeemos la tortura y angustias horribles del Sacratísimo Corazón de Jesús! ¡Pues bien: todos esos crueles tormentos sufrió por aquel pobre indio que ahora está agonizando bajo las sombras de los Andes, y si muere y no se salva, todo fue en vano!

Los moribundos, como llevo dicho, no son más que uno de los departamentos de los intereses de Jesús, y San Camilo fue sus-

citado por Dios para fundar una Orden exclusivamente en alivio suyo.

No hay fonda, ni café, teatro, ni casino, salón de baile, ni concierto, *meeting* público, ni parlamento, feria, ni mercado, carreras de caballos, ni corrida de toros, andén, coche, barco de vapor, escuela, academia, iglesia, en que no peligren a todas horas los intereses de Jesús, y adonde Él no nos llame en socorro suyo.

La Iglesia de la tierra es la Iglesia militante, y así, no es maravilla que haya en ella tanto que hacer, y que sea tan escaso el tiempo para llevarlo a cabo. No hay cosa alguna que no tenga dos lados, uno favorable a Jesús, y el otro contrario suyo. El diablo posee en el mundo otros intereses a más de la culpa grave y puede con ellos hacer guerra a Jesús y obtener un éxito casi igual al que consigue con las culpas mortales; el veneno lento produce a veces su efecto en las almas mejor que el activo. Ved, pues, la multiplicidad, la ubicuidad, la urgencia que reclaman los intereses de Jesús.

Aunque sea imposible examinar minuciosamente todos los intereses que Jesús tiene en la tierra, es preciso, sin embargo, si hemos de saber cuál es nuestro oficio y

empleo, formarnos de ello una idea clara y distinta. Si estudiamos el Sagrado Corazón de Jesús, según Él mismo nos le ha revelado en el Evangelio, en la historia de la Iglesia y vidas de los Santos, y conforme le descubrimos nosotros mismos en la oración, veremos que los numerosos y variados intereses de Jesús pueden reducirse a cuatro clases. Un breve bosquejo de cada uno de ellos nos dará una idea clara de la obra que vamos a emprender.

El principal interés de Jesús es indudablemente nuestra propia santificación interior; el reino de los Cielos está dentro de nosotros. Pero, a pesar de toda la importancia que en sí envuelve la cuestión de la santificación propia, no es éste, al menos directamente, el asunto en que al presente vamos a ocuparnos.

Ciertamente, nada haremos sin la santidad personal; mas no es ahora tiempo ni lugar de hablar de semejante asunto. Los cuatro grandes intereses de Jesús a que yo al presente me refiero son: 1.^º La gloria de su Padre. 2.^º El fruto de su Pasión. 3.^º El honor de su Madre. 4.^º El aprecio de la gracia.

Permitidme que os diga una palabra acerca de cada uno de ellos.

SECCIÓN 3

LOS CUATRO PRINCIPALES INTERESES DE JESÚS

1.^o La gloria de su Padre

Al estudiar a nuestro Señor adorable, según se nos representa en los Evangelios, nada hay en Él que se asemeje tanto a una pasión dominante, permítasenos la expresión, como su anhelo por la gloria de su Padre. Desde el momento en que abandonó a su Madre, quedándose en Jerusalén, hasta la última palabra que pronunció en la Cruz, dicha devoción por la gloria de su Padre se descubre por doquiera.

Así como se dijo de Jesús en cierta ocasión, que le devoraba el celo por la casa de Dios, así podemos decir que se veía continuamente consumido de hambre y sed por la gloria de su Padre; no parecía sino que se había perdido esta gloria en el mundo, y que venía a buscarla y encontrarla. ¡Y cuán angustiado no estaba su Corazón Sacratísimo hasta dar con ella! De esta manera fue nuestro modelo, y nos ofreció su gracia para que glorifiquemos a nuestro Padre celestial.

¿Quién puede contemplar la tierra sin que al punto no vea lo perdida que se halla en ella la gloria divina? Pues bien: Jesús tiene gran interés en que nosotros la busquemos y encontremos.

Prescindiendo ahora de los actos manifiestos de culpas enormes; ¡cuán olvidado, enteramente olvidado, no está Dios de la mayor parte del humano linaje! Viven los hombres como si fueran ateos, no porque se hallen en abierta rebelión contra su Divina Majestad, sino porque le desdeñan o no le conocen. Dios es un estorbo en su propio mundo, y una impertinencia en su creación, así es que se le ha retirado a un lado como si fuera un ídolo grotesco.

Los sabios y políticos han convenido en hacer otro tanto, y las personas de negocios y opulentos del siglo creen la cosa más decente del mundo, guardar un completo silencio acerca de Dios; se imaginan que no es fácil ocuparnos de Él, o formar una idea de sus perfecciones, sin concederle demasiado.

Es un obstáculo casi insuperable, y si no fuese por la gracia, absolutamente insuperable para los intereses de Jesús, esa masa enorme e impenetrable de olvido e ignoran-

cia de Dios. Desgarra ciertamente el corazón, y nos mueve a desear la muerte; pues ¿qué otra cosa podemos hacer en negocio tan desesperado? Ensayemos, sin embargo, nuestras fuerzas. Un rosario y una medalla bendita, ¿no son de una eficacia incalculable? ¿Y una sola Misa, no tiene, por ventura, un valor ilimitado?

Pero desgraciadamente existe un gran número de personas que nunca dan a la gloria divina el lugar que le corresponde, y no pocas que se dicen espirituales la ceden siempre en todo el segundo puesto.

Semejantes personas necesitan luz para conocer la gloria divina al tiempo que la están viendo, y discernimiento para descubrir al mundo y demonios disfrazados con apariencia de razón y moderación para defraudar así a Dios su gloria inmortal. Tienen asimismo necesidad de ánimo varonil para hacer frente a los respetos humanos, y de una firme resolución para conformar su vida con la religión que profesan. ¡Pobres gentes! ¡Son la pestilencia de la Iglesia, y no lo sospechan siquiera! Aprovecharía grandemente a los intereses de Jesús que dichas personas adquiriesen un conocimiento cabal de sí mismas y de todo lo que las rodea.

Aquí, pues, tenemos también alguna cosa que hacer, y es pedir que toda persona virtuosa, y aquéllas que aspiran a serlo, sepan discernir lo que favorece a la gloria divina de lo que se opone a ella. ¡Oh! ¡Cuánto terreno no perdemos todos los días por falta de semejante discernimiento!

Sépase, pues, que existen Órdenes religiosas, bendecidas por la Iglesia, consagradas exclusivamente, cada una en su línea a promover la gloria de Dios; obispos y sacerdotes que trabajan sin descanso noche y día por ese único objeto; Hermandades y Confraternidades sin número, que no se proponen ningún otro fin que la mayor gloria de Dios.

Habrá ciertamente, calamidades que sufrir, peligros que arrostrar, escándalos que reprimir; se verá hoy la Iglesia precisada, en cierta manera, a rendirse al mundo para sujetarle mañana. En todas estas cosas tiene Jesús grandes intereses, y deber nuestro es el ayudarle. Media docena de hombres recorriendo el mundo, y no buscando más que la gloria de Dios, removerían ciertamente las montañas. Así fue prometido a la fe; ¿por qué, pues, no habremos de ser nosotros quienes den cima a semejante empresa?

SECCIÓN 4

2.^º El fruto de su Pasión

Éste es otro de los grandes intereses de Jesús. Todo pecado que evitemos, aunque sólo sea venial, es una grande obra para los intereses de Jesús. Nos convenceremos de ello recordando que si con una leve mentira pudiésemos cerrar para siempre el infierno, salvando todas las almas que hay en él; acabar con el purgatorio y hacer que todo el humano linaje se igualase en santidad a San Pedro y San Pablo, todavía no nos sería lícito cometer, bajo ningún concepto, esa ligera falta, pues más perdería la gloria de Dios con dicha culpa liviana que cuanto pudiese ganar en la justificación y salvación de todo el universo mundo.

¡Qué obra, pues, tan grande no será para los intereses de Jesús impedir un solo pecado mortal! ¡Y cuán fácil cosa es evitarle! Si cada noche, antes de acostarnos, suplicásemos a nuestra dulcísima Señora tuviese la dignación de ofrecer a Dios la preciosísima Sangre de su Hijo para estorbar en cualquier parte del mundo, durante la noche, un solo pecado mortal, y renová-

semos luego por la mañana la misma súplica por todas las horas del día, seguramente una ofrenda hecha por semejantes manos obtendría la gracia deseada. Cada uno podría probablemente evitar así todos los años setecientos treinta pecados mortales.

Y si mil de nosotros hiciésemos iguales ofrecimientos, y perseverásemos en ellos por veinte años, lo cual sería fácil y nos colmaría al propio tiempo de inefables méritos, ascendería la suma de culpas graves que impidiésemos a más de catorce millones.

Si suponemos ahora que todos los miembros de nuestra Confraternidad practicásemos lo mismo, tendríamos entonces que multiplicar la suma anterior por cuarenta, y la omisión de quinientos sesenta millones de pecados mortales sería la ofrenda anual de nuestra Confraternidad a la Pasión de Nuestro Señor.

En igual proporción prosperarían los intereses de Jesús, y ¡cuán dichosos, inmensamente dichosos, no seríamos entonces nosotros!

Aumentamos igualmente el fruto de la Pasión de nuestro Redentor adorable cada vez que conseguimos se llegue uno al tri-

bunal de la Penitencia a confesar sus culpas aunque no sean sino veniales; aumentamos ese mismo fruto bendito con todo acto de contrición que hagan los hombres por mediación nuestra, y con cada plegaria que dirijamos a Dios para alcanzarles la gracia de obtenerla; nos da idéntico resultado toda ligera mortificación o penitencia que inspiremos a los demás, y todo esfuerzo de nuestra parte para fomentar la Comunión frecuente entre nuestros hermanos; y cuando inducimos al pueblo a tomar parte en la devoción a la Pasión de Nuestro Señor, a leer o meditar sobre ella, ¿qué otra cosa estamos haciendo sino acrecentar los intereses de Jesús?

Cierta persona aseguraba, y si la memoria no me es infiel era San Alberto Magno, que una sola lágrima derramada sobre los sufrimientos de Nuestro Señor tenía más mérito delante de los divinos ojos que un año entero de ayunos a pan y agua.

¡Cuál no será, pues, el valor de hacer que los demás giman con nosotros por la Pasión de Jesús, y cuánto mayor el lograr de ellos que reciten una corta oración! ¡Oh dulce Jesús mío! ¡Y cómo es que somos tan fríos y duros! ¡Enciende, pues, en nosotros

el sagrado fuego que viniste a encender sobre la tierra!

SECCIÓN 5

3.^º El honor de su Madre

Éste es otro de los principales intereses de Jesús, y toda la historia de la Iglesia nos demuestra el grande aprecio en que la tiene.

El amor a María fue lo que principalmente le movió a bajar del Cielo, y la Santísima Virgen fue asimismo quien mereció la época de la Encarnación.

María es la única escogida por la Beatísima e Individua Trinidad; la Hija predilecta del Padre, la Madre predestinada del Hijo y la Esposa querida del Espíritu Santo.

La verdadera doctrina de Jesús siempre ha estado mezclada y confundida con la verdadera devoción a María, y sólo es ofendida la Madre con las ofensas al Hijo.

María es la herencia de los católicos humildes y obedientes; aumentase la santidad a medida que crece su devoción, y los San-

tos están vaciados en el molde del amor a María.

El enemigo más temible del pecado es María; pensar en Ella es ya un hechizo contra la culpa, y los demonios tiemblan a su nombre.

Ninguno puede amar al Hijo sin que crezca en el amor a la Madre; ninguno puede amar a la Madre sin que su corazón se deshaga de ternura hacia el Hijo. Por eso la puso Jesús al frente de su Iglesia para que fuese señal para todos los buenos y piedra de escándalo para sus enemigos.

¿Qué maravilla que estén los intereses de Jesús estrechamente ligados al honor de su Madre?

Todo acto de amor en reparación de las blasfemias heréticas contra su dignidad augusta, todo acto de acción de gracias por su Concepción Inmaculada y perpetua virginidad, os ofrece una ocasión oportuna de promover los intereses de Jesús; toda acción encaminada a extender su devoción y singularmente todo esfuerzo vuestro para que la amen los católicos cada vez con más ternura, es una obra muy favorable a Jesús, y que os premiará sobreabundantemente.

Inducir al pueblo a que comulgue en sus

festividades, a que se inscriba en sus Cofradías, y lleve consigo una imagen suya, y gane indulgencias por las almas del purgatorio que durante su vida fueron más devotas de esa Señora, y dé gracias por la definición dogmática de su Concepción Inmaculada, y rece, en fin, todos los días una tercera parte del rosario, son todas prácticas piadosas que promueven maravillosamente los caros intereses de Jesús.

No hay ninguno, por muy ocupado que se halle que no pueda ejercitarse en algunas de estas devociones. Pero existe todavía otra devoción de que es preciso hacer aquí mención especial, y ¡ojalá que todos nosotros nos inspirásemos en ella! ¡Cuánto prosperarían entonces los intereses de Jesús, y qué riquísimos tesoros de nuevo amor adquiriría nuestro Señor adorable en todo el mundo! Dicha devoción consiste en tener más confianza en las oraciones a nuestra Madre bendita, más seguridad y fervor en las súplicas, y una fe más viva en su protección.

Se amaría más a María si hubiese más fe en María. Pero ya se ve, vivimos en una nación dominada por la herejía, y no es fácil habitar entre hielos y no enfriarse.

¡Oh Jesús mío!, ¡animad nuestra confianza en María, a fin de que trabajemos por tus intereses como Tú quieras lo hagamos; y no permitas que criatura alguna nos sea más querida en el mundo que aquélla que fue para Ti más amada que todas las otras criaturas juntas!

SECCIÓN 6

4.^º El aprecio de la gracia

He aquí otro de los principales intereses de Jesús. Se cambiaría enteramente el mundo con sólo que apreciasen los hombres la gracia en su justo valor.

¿Qué cosa hay en el mundo digna de estimación a no ser la gracia? ¡Cuán puerilmente nos dejamos llevar de toda especie de tonterías mundanas que nada tienen que ver con los intereses de Jesús! ¡Cuán necios somos!, ¡cuánto tiempo malgastamos!, ¡qué de males no hacemos!, ¡cuántas buenas obras omitimos, y con qué dulzura nos trata, sin embargo, el mansísimo Jesús!

Si el hombre apreciase la gracia en lo

que vale, todos los otros intereses de Jesús prosperarían considerablemente, pues cuando sufren algún detrimiento se debe únicamente a la falta de dicha estimación.

Se multiplican las gracias y méritos casi con la misma velocidad que las palpitaciones del Sagrado Corazón; y mientras este Corazón purísimo late por nosotros con arrebatado amor, se dice cada uno a sí mismo: «Yo no estoy obligado a hacer eso, yo no debo privarme de este placer, es preciso que reprema este religioso entusiasmo.»

¡Válganos Dios! Yo quisiera que pudiésemos tener una sola centella de ese entusiasmo que es menester reprimir. ¡Pobre Jesucristo! ¡Pobre Jesucristo! Y tan deplorable abandono no tiene otro origen que la falta de verdadera estimación de la gracia.

Primero es morir que perder un solo grado de gracia. ¿Lo creemos así todos nosotros? ¡No!, aunque afirmemos lo contrario. Si mañana bajasen al 20 los fondos públicos, esa baja espantosa no acarrearía consecuencias tan fatales como las que resultasen de la pérdida de un solo grado de gracia por impaciencia de aquel enfermo andrajoso que yace postrado en un oscuro zaguán.

Enseñan los teólogos que los dones todos y gracias naturales de San Miguel, poder, fortaleza, sabiduría, belleza, hermosura y cuantos encantos adornan y engalanan a tan purísimo Arcángel, no son nada en comparación con el más pequeño grado de gracia que se alcanza resistiendo a un movimiento de ira el espacio de un cuarto de hora, porque la gracia es una participación de la naturaleza divina.

Y bien, ¿mostramos con nuestra conducta semejante estimación de la gracia, cuando estamos persuadiendo a los demás esta excelencia? Fijaos sobre cualquier desventura o calamidad de la Iglesia, y veréis que no hubiera acaecido jamás si sus hijos hubiesen tenido una verdadera estimación de la gracia; y asimismo os convenceréis de que mañana por la mañana se cambiaría la tierra en un Cielo anticipado, si sus moradores apreciasen la gracia en lo que se merece.

Nada aprovecha al hombre ganar todo el mundo si sufre el más pequeño detrimiento su alma inmortal. ¡Id, pues, y persuadid esto al pueblo! Hacedle ver el acopio de merecimientos que puede hacer con la gracia, y cómo una gracia llama a otra gracia, y cómo

las gracias son méritos, y cómo los méritos se cambian en gloria., ¡gloria que es eterna en los Cielos!

Si así lo practicais, promoveréis indudablemente los intereses de nuestro adorable Señor mucho más de lo que podéis imaginaros.

Pedid siquiera que el hombre tenga una verdadera estimación de la gracia, y con eso solamente llegaréis a hacerlos Apóstoles secretos de Jesús. En Él se hallan todas las gracias, y Él, que es la fuente y plenitud de todas ellas, suspira por derramarlas sobre las almas por quienes dio su vida. No le abandonarán entonces las almas, porque sabrán apreciar las gracias que reciben para obtener otras nuevas.

¡Id y ayudad a Jesús! ¿Por qué ha de perderse una sola de las almas que Él rescató a costa de su Sangre? ¿Por qué ha de perderse una *sola*?

Es cosa horrible, horribilísima, pensar en la condenación de una sola alma. ¿Y por qué ha de condenarse?, ¿por qué? ¡Ahí está la Preciosa Sangre para quien la pida y esta Sangre es la fuente de la gracia!

Pero ya se ve que los hombres se cuidan muy poco de la gracia. San Pablo em-

pleó toda su vida en predicar a los hombres las excelencias de la gracia, en rogar a Dios que les concediese tan riquísimo don y en procurar que una vez conseguida hicieran de ella el uso conveniente.

Cuando después de la Comunión derrame sobre vuestro corazón la fuente de toda gracia raudales vivos de gozo, pedid entonces que abra los ojos de todos a la hermosura de la gracia, y así multiplicaréis sus gracias, y con la multiplicación de la gracia, sus divinos intereses; porque cuanto más da Jesús, tanto más rico se hace.

¡Soberano Señor de las almas! ¡Cómo es que podemos pensar en otra cosa que no seáis Vos! Es un asombro que no nos extasiemos al considerar la honra altísima que se nos dispensa de tener a nuestra disposición los intereses de Jesús.

Pero este asombro se comprende sabiendo que no conocemos la grandeza de nuestra dignidad. ¿Y cuál es la causa de semejante ignorancia más que el no estudiar bastante a nuestro amoroso Señor? ¿Por qué, pues, no empezar en el tiempo lo que ha de hacer nuestra dicha por toda la eternidad?

¡Estudiemos a Jesús! El Cielo es únicamente Cielo por hallarse en él Jesús, y no

es fácil comprender cómo no se haya transformado la tierra en Cielo desde que Jesús se encuentra en ella. ¡Ay!, ¡sí!, la causa es habérsenos dejado la malhadada facultad de poder ofenderle: prívesenos de ella, y al punto la tierra será Cielo, o purgatorio, umbral del Cielo.

¡Día vendrá en que no podamos pecar ni ultrajar más al Corazón de Jesús! ¡Oh Señor amoroso! ¡Salga pronto el sol, y no se ponga hasta que no disfrutemos de ese incomparable privilegio!

¿A qué disputar ni discurrir sobre si iremos o no inmediatamente al Cielo, o primero al purgatorio? ¿Qué nos importa? Lo que interesa es que podamos hacer de manera que nunca ofendamos a Nuestro Señor adorable, pues de lo contrario, estemos seguros de incurrir en alguna culpa.

SECCIÓN 7

Cómo aumentaremos los intereses de Jesús

Tales son los intereses de Jesús, cuyo aumento constituye la grande obra de nuestra

Confraternidad; o más bien, éstos son los ejemplos y modelos de dichos intereses.

Parecerá ciertamente extraño que para tan grande obra escogiese Nuestro Señor amoroso unos pobres y viles instrumentos, cual somos nosotros; pero ¿no es por ventura aquel mismo Señor que eligió a simples pescadores y remendadores de redes para ser sus Apóstoles y convertir el mundo?

Verdad es que tenemos bastantes culpas personales en que ocuparnos, no pocas imperfecciones que corregir, y que no existe rincón de la tierra que sepamos, donde los intereses de Jesús corran tan inmenso riesgo como en nuestra propia alma. Pero así y todo, preciso es que seamos Apóstoles, y ¡ay de nosotros si no lo somos!

Deber nuestro es ponernos al servicio de las almas de nuestros hermanos, aun cuando tengamos bastante que hacer con la nuestra propia.

El Evangelio es ley de amor, y la vida cristiana una vida de oración. Nos enseña el Apóstol que tenemos obligación de interceder por toda clase de personas; y en efecto, nada adelantaremos en la obra de la santificación propia si no procuramos pro-

mover los intereses de Jesús en las almas de nuestros prójimos.

Se quejan muchos de que no aprovechan en la virtud, que no consiguen mortificar sus malas pasiones, sus flaquezas pecaminosas y su enojoso amor propio; se encuentran hoy en el mismo estado que hace un año, y esto les sirve de grande desconsuelo.

No raras veces esta falta de adelantamiento en la vida espiritual nace de su egoísmo, es decir, de no cuidarse más que de sí mismos, creen que nada tienen ellos que ver con las almas de sus hermanos, intereses de Jesús y oración de intercesión, y como no hacen cosa alguna para merecer mayores gracias, consérvanse siempre a tan bajo nivel. La Confraternidad espera otra cosa de nosotros, y nos enseña a pensar de muy diferente manera.

Pero conviene no olvidar que los intereses de Jesús no siguen la misma regla que los intereses del mundo; si no tenemos esto muy presente, no tardaremos en desmayar al más pequeño bien que nos parezca estar haciendo.

La mayor parte de los intereses de Jesús son intereses visibles; sobre la fe es preciso que fundemos la eficacia de la oración.

Nunca sabremos hasta el último día todas las respuestas que se dieron a nuestras súplicas, ni la influencia que hayan ejercido sobre la Iglesia durante el transcurso de los siglos.

Ved, por ejemplo, la oración de San Esteban al morir apedreado; dicha oración alcanzó la conversión de San Pablo, que estaba guardando las capas de los asesinos del protomártir.

Considerad solamente lo que San Pablo ha hecho, hace y continuará haciendo hasta el fin del mundo. Pues bien, todas las maravillas que obre el Apóstol, obras son también de San Esteban, todo es debido a su oración.

Así, ¿quién sabe?, quizá alguno pida las oraciones de la Confraternidad para remover los obstáculos que se oponen a su vocación a la vida religiosa o estado eclesiástico, y tal favor le sea otorgado por nuestras oraciones en la tarde de cualquier domingo. Se hace sacerdote, y salva centenares de almas; estas almas salvan a otras, unas ordenándose de sacerdotes, otras abrazando el estado religioso, y otras, en fin, siendo en el mundo honrados padres de familia. Y así irá la oración continuando su

tarea, y es muy verosímil que se la sorprenda trabajando en el silencio de aquella noche, cuando la tierra vuelva de su sueño para ver al Señor venir del Oriente.

Así, pues, no os afanéis demasiado por buscar frutos visibles y públicos resultados. No raras veces lo que el mundo llama desgracia llega a ser la buena fortuna de Jesús.

Por ejemplo, un hombre sufre una grande injusticia por tener la dicha de ser católico; rogáis por él y la injusticia con todo prosigue agobiándole, y los malvados llevan aparentemente razón, y son tan crueles como siempre. ¿Os imagináis que vuestra oración no ha sido oída? Pues no puede haber mayor engaño. Jesús quiere hacer de ese hombre un gran santo, y es mejor para él que sea la víctima inocente de semejante injusticia.

Mientras tanto le concedió Jesús, por intercesión de vuestras oraciones, una nueva gracia a que él correspondió, de suerte que actualmente, por vuestro Padrenuestro y Avemaría, ocupa en el Cielo, y por toda la eternidad, un lugar más elevado que aquel que hubiese llenado sin esa persecución. En su corona lleva engarzada una perla brillante, que de otro modo no hubiera consegui-

do; vosotros la veréis y admiraréis un día en la gloria, y sabréis entonces que vuestro Padrenuestro y Avemaría fueron los que allí la colocaron.

Así igualmente sucede con el Papa, la Iglesia, Órdenes religiosas y, en fin, con todo lo que tiene alguna relación con Jesús. Los intereses de Jesús no siguen las reglas del mundo, sino las reglas de la gracia; es preciso medirlos con diferentes medidas, y no usar nunca las medidas del mundo. Todos nuestros pesos, medidas y monedas deben ser el Santuario. Nunca Jesús fue tan glorioso como cuando se dejó enclavar en la Cruz; pero el mundo necio imaginábase entonces que había triunfado y conseguido una completa victoria.

Os importa, pues, sobremanera tener esto muy presente. Es de fe que Dios oye siempre las oraciones bien hechas y en un grado superior a nuestras más entusiastas esperanzas, mas sin permitirnos ver cómo lo hace; menester es creerlo con la fe. Estemos, con todo, seguros que al fin no seremos en ellas defraudados.

SECCIÓN 8

La oración, medio principal de fomentar los intereses de Jesús

Réstanos decir todavía unas cuantas palabras sobre los medios de que debemos valernos para promover los intereses de Jesús.

Varios son estos medios: el buen ejemplo, la predicación., la publicación y distribución de buenos libros, el dulce razonamiento con el pueblo y la persuasión, valiéndose de nuestra influencia y autoridad de padres, institutores o maestros.

Todos estos medios son buenos, y como de veras amemos a Jesús, ninguno desaprovecharemos, conforme la ocasión lo reclame, guardando siempre, por supuesto, la modestia propia de nuestro estado y posición que ocupemos en la vida. Los miembros de la Confraternidad podrán servirse de ellos según lo permitan las circunstancias; pero el medio, el medio real de la Confraternidad y de todos los hombres es uno, uno solamente: la oración.

Se ora hoy muy poco; desconsuela, efectivamente, ver la poca fe que tienen los

hombres en la oración. Creen alcanzarlo todo con su ingenio, actividad y propia industria; imagínanse que las mismas causas que han hecho a Inglaterra una nación grande y altiva, contribuirán igualmente a fomentar los intereses de Jesús y extender su reinado sobre la tierra. Se regula hoy todo por los ojos, no por la fe. Si emprenden los católicos una obra cualquiera y les parece que produce escasos resultados, se les ve luego desmayar, imaginándose que todo llegará a reducirse a nada.

Se da una misión, se salva un alma o se evita un pecado: «¡Qué disparate! —exclaman— ¡Fue obra de quince días, y se gastaron cincuenta escudos!» ¡Y Jesús, sin embargo, para impedir que sea mancillada la gloria de su Padre con una sola culpa, está dispuesto a volver a bajar del Cielo para ser otra vez crucificado!

Si no podemos publicar guarismos, ni mostrar grandes resultados, ni satisfacer al mundo, o llámese pública opinión, de que estamos haciendo una grande obra a sus mismos ojos, nos ponemos a trabajar para criticar unos de otros, y pecamos; tenemos reuniones públicas, y pecamos; hablamos en demasía y pecamos; formamos turbulentos

comités, y pecamos; desistimos de la obra, y pecamos; y enseguida cada uno escribe un comunicado a un periódico, donde probablemente peca también, y después de todo se vive como antes.

Intentamos ciertamente emprender una buena obra, pero como nos apoyábamos en principios naturales, acabó con una muchedumbre de pecados.

Pues todo esto no reconoce otra causa que la falta de oración y la falta de fe en la eficacia de la oración. Así, ¡no olvidéis que la Confraternidad no conoce otro medio que la oración.

Convenzámonos que en un siglo y nación sin fe, la fervorosa oración ejercerá una grande influencia para con Dios, y obtendrá de Él una recompensa muy señalada.

A aquéllos que se acordaron de Sión, mientras los demás la olvidaron, les tuvo el Señor presentes de una manera muy singular. Oremos, pues, en una nación olvidada de la oración, fiada de sí misma y apoyada en un brazo de carne; y Dios así nos asistirá como nunca, y prosperarán maravillosamente los intereses de Jesús sobre la tierra.

¡Oh, los intereses de Jesús! ¡Pluguiera al Cielo encendiesen sin cesar nuestros co-

razones! La vida es corta y es mucho lo que hay que hacer; pero la oración es poderosa, y el amor más fuerte que la muerte. ¡A la obra, pues! ¡A trabajar, cantando y saltando de gozo, ángeles y hombres, pecadores y santos, por los intereses, por los caros intereses, por los únicos intereses de Jesús!

SEGUNDA PARTE

Símpatía con Jesús

SECCIÓN 1

La simpatía con Jesús, señal de santidad

Mientras Jacob vivió desterrado en casa de Labán, se enamoró de Raquel, hija de Labán, y dijo a su padre: «Te serviré siete años por Raquel», y la Escritura añade: *Así Jacob sirvió siete años por Raquel, y no le parecieron más que unos días por la grandeza de su amor.* Ahora bien, ¿no es verdad que no raras veces nos parece la vida demasiado larga, y los días muy pesados?

Una santa impaciencia por vernos libres de las ataduras del cuerpo y vivir con Cristo, ¿no nos hace con frecuencia desear la muerte? El pecado, la facultad y peligro de pecar, ¿no llegan a sernos insopportables y

no nos obligan a suspirar por la compañía de Dios como un amante por su amado?

Pero no son éstas las causas del disgusto que experimentamos nosotros y a las que ahora estoy aludiendo; nuestra vida, especialmente la espiritual, se nos hace pesada por muy diferentes motivos. Es ciertamente una tarea enojosa y que desmaya el corazón, vivir luchando siempre con nuestras malas pasiones, sin conseguir apenas resultado alguno. Las tentaciones nos importunan, nos inquietan los escrúpulos, y el término de nuestra ruín ambición no parece se reduce a otra cosa que a morir, ser sepultados y morar después en el purgatorio.

¿Y cuál es la causa de todo esto más que el no servir a Jesús por amor? Si nosotros le sirviésemos por amor, seguramente que nos sucedería lo mismo que a Jacob, los años nos parecerían días por la grandeza de nuestro amor. Veamos, pues, si es difícil servir a Jesús por puro amor.

Sentamos arriba como principio que el objeto de la Confraternidad no es otro que promover los intereses de Jesús, y que la oración es el medio principal de conseguirlo. Pero en el hecho mismo de haber escogido la oración para el logro de dicho obje-

to, claro está que exige algo más de nosotros.

No es ciertamente imposible servir a Dios y promover los intereses de Jesús con tibiaza, frialdad y desmayo, a la manera que uno dispensa a otro un favor cualquiera como de mala gana, y digámoslo así, a remolque; mas no es posible servir a Dios y promover los intereses de Jesús en la oración con semejante frialdad y desabrimiento.

Efectivamente, la oración que no es fervorosa no es oración, es sólo una distracción o irreverencia, y nada más. De aquí se sigue que, exigiéndonos la Confraternidad la práctica de la oración, nos obliga, por tanto, de una manera muy especial a servir a Jesús por puro amor, y como somos tan amantes de la Confraternidad, y deseamos con tan vivas ansias su prosperidad y engrandecimiento, es éste otro de los motivos que nos mueven a examinar si es o no posible servir a Jesús por amor.

¡Ojalá que quisiera uno solo de vosotros se resolviese a ello! ¡Qué gozo entonces para el Cielo, qué alegría para María, qué consuelo para el Sagrado Corazón de Jesús! ¡Un alma más en el mundo que sirve a Je-

sús por amor! ¡Dulce Señor mío, el proporcionaros semejante consolación bien merece mil años de penitencia!

Ni la arrebolada puesta del sol, ni los cielos sembrados de estrellas, ni las espumosas ondas del mar, ni los odoríferos bosques y risueños prados, son objetos tan encantadores como un alma que sirve a Jesús por amor en medio de una vida gastada y prosaica.

No hay uno siquiera en el mundo que no desee ser un santo. Todos quisieran amar a Dios como los Santos le amaron; todos quisieran asimismo disfrutar de esa alegría dulcísima e inefable que inundaba su espíritu, y todos, por último, quisieran subir directamente a gozar de las inestimables delicias del Cielo sin tener que pasar por el purgatorio, para ocupar allí el primer asiento que los Santos se merecieran con su incomparable amor divino.

Bien sabemos que nos separa una larga distancia de semejante estado, y aun tenemos no pocos motivos para temer no llegar a serlo jamás. Nos falta resolución para practicar las penosas penitencias y mortificaciones corporales en que ellos se ejercitaron, no tenemos valor para renunciar

generosamente al mundo, y carecemos de aquel apetito de cruces y trabajos que consumía y devoraba sus entrañas; pero ¿quién hay con todo eso que no desee ser un santo?

No es mi ánimo proponeros ningún precepto difícil, ni mucho menos rigurosas penitencias; tampoco os exijo cosas que excedan vuestras fuerzas; solamente deseo que os fijéis bien en esto. Observad los Santos de todas las edades, sea la que quiera su historia o género de vida y veréis, al compararlos entre sí, que no fueron sus austeridades las que les hicieron santos.

Se notan en ellos, ciertamente, no pocas diferencias; pero no dejan sin embargo, de tener bastante semejanza entre sí.

Unos obraron milagros durante toda su vida, como San José Cupertino, religioso franciscano; otros acaso ninguno, como San Vicente de Paúl; por lo que hace a San Juan Bautista, de quien dice el Salvador cosas tan maravillosas, ni siquiera obró uno solo; éstos practicaron espantosas penitencias, como Santa Rosa de Lima, y aquéllos se contentaron con renunciar a su voluntad propia, arrojándose en los brazos de la divina; así lo ejecutó San Francisco de Sales.

Pues bien, a pesar de todas estas diferencias tienen todos ellos un carácter peculiar propio suyo y ciertos gustos e inclinaciones por los cuales podríamos conocerlos siempre, en cualquier parte que los hallásemos, siendo lo más maravilloso que sus principales particularidades como Santos están a nuestro alcance, y podemos hacerlas nuestras sin necesidad de milagros estupendos ni rigurosas penitencias.

Pero no vayáis con esto a creer que yo sostenga ser cosa fácil igualarnos a los Santos. ¡No, no! Solamente afirmo que, si así os place, en nuestra mano está apropiarnos no menos los medios con que ellos amaron a Dios y promovieron los intereses de Jesús, que los gustos e inclinaciones que les hicieron tan gratos al Sagrado Corazón del Salvador. Más aún, luego al punto llegaríamos a adquirir dichas particularidades suyas sólo con que fuésemos miembros celosos de la Confraternidad.

Resumiendo, decimos que, si bien los Santos se diferencian entre sí, convienen, sin embargo, todos ellos en tres cosas, a saber: 1.^º celo por la gloria de Dios; 2.^º susceptibilidad por los intereses de Jesús; 3.^º anhelo y solicitud por la salvación de las almas.

Pero antes de hablar de cada una de estas tres cosas, debo prevenir una mala inteligencia de vuestra parte. No quisiera, ciertamente, que nada de cuanto llevo dicho inspirase en alguno de vosotros la idea de que no puede llegar a ser un Santo; por poco que mis palabras hubiesen contribuido a impediros alcanzar semejante estado, este poco causaría en mi ánimo un desagrado profundo, como quiera que de este modo no habría yo promovido los intereses de Jesús, objeto único de esta obrita.

Por vía de explicación a mis expresiones, permitidme os refiera una historia de una Santa, de Jacinta de Mariscotti, canonizada por Pío VII en 1807. Fue ésta una doncella, italiana de nación, cuyo carácter distintivo, durante su juventud, consistía en una extremada afición al lujo y a las galas. Sus padres la enviaron a educarse a un convento, pero todo el tiempo que permaneció en él no se ocupó de otra cosa que en tonterías y frivolidades mundanas, y toda su juventud la paso en una disipación completa.

Durante este tiempo tuvo deseos de contraer matrimonio, y como viese que una hermana suya había hecho un buen casamiento y ella no lo lograse, se llenó de envidia

y de una rabia excesiva. Era de una índole enteramente antipática, y con semejantes vicios llegó a hacerse tan odiosa, que nadie podía sufrirla a su lado.

Su padre, tonto y más que tonto, quería que fuese monja, y aunque no tenía ni pizca de vocación, creía ella, sin embargo, que podría abrazar ese estado como otro cualquiera, y así entró en un convento de la Orden Tercera de San Francisco, en Viterbo. En nada cambiaron sus gustos ni su carácter; el convento parece que era tan relajado, que más no podía ser, de suerte que en él hizo todo cuanto quiso.

Solía decir el glorioso San Alfonso, que era más fácil salvarse un alma en medio de las delicias del mundo que en una Orden relajada, y por cierto que pocos tuvieron en semejante materia la experiencia de este siervo de Dios.

Lo primero que hizo nuestra Santa fue construir para sí, a expensas suyas, una magnífica habitación, que adornó lujosamente, y según escribe su biógrafo, hasta con suntuosidad. Cuidábase muy poco de la regla, y si observaba alguno de sus capítulos, como puede suponerse, guardábalos con tibiaza y flojedad.

Era cada vez más vanidosa, y no pensaba sino en sí misma; ¡preparación bien extraña para conseguir la santidad! Así vivió cerca de diez años, en cuyo tiempo la envió Dios una grave enfermedad, y viéndose a las puertas de la muerte, mandó llamar a un religioso franciscano, confesor del convento, para que la oyese en el tribunal de la Penitencia.

Apenas observó el religioso los ricos adornos de la habitación de aquella religiosa negóse a oírla en confesión, diciéndola que el Cielo no se había hecho para las monjas que llevaban una vida como la suya. «¡Cómo, exclamó ella, y no me he de salvar!» «El único medio, replicó el confesor, para alcanzar la salvación consiste en pedir a Dios perdón de todas sus culpas, reparar el escándalo que ha dado y comenzar nueva vida». Se hechó entonces la santa a llorar, y bajando al refectorio, donde a la sazón se hallaba la comunidad, se postró ante las religiosas y les pidió perdón de los escándalos que les había dado.

Pero a pesar de todo esto no se obró en ella un cambio extraordinario, o a lo menos heroico, pues no entregó luego al punto a la superiora las ricas galas que poseía,

y sólo poco a poco fue mudando de género de vida. Para que se resolviera a entregarse de lleno a la virtud hasta llegar a ser una santa, fue preciso que Dios la enviase de vez en cuando alguna enfermedad, y que el remordimiento de la conciencia prosiguiese con suave pertinacia la tarea de ahondar más y más profundamente en su corazón.

He aquí, pues, una historia llena de consolación. Nuestra flaqueza nos arrastra a creer que los Santos fueron desde la cuna personas extraordinarias, que por especial favor del Cielo jamás perdieron la inocencia bautismal, y apenas llegaron a sentir la rebelión de sus pasiones o, al menos, la peor de todas ellas, la de los inveterados hábitos pecaminosos, o bien nos los representamos como personas en cuya santificación ha intervenido la Providencia divina de un modo milagroso, como en la conversión de San Pablo y de San Ignacio; así es que es cuestión resuelta para nosotros el no llegar nunca a ser Santos.

Pero la historia de la vida de Santa Jacinta nos ofrece una idea enteramente distinta; a los años de tibieza, de pecados veniales y vanidad mundana sucédese una semiconversión; a ésta siguen después otras

pequeñas conversiones, a éstas otras y así sucesivamente, lo mismo que quizá ha acontecido con no pocos de nosotros.

Ved cómo ilustra esta historia la excelente y consoladora observación del Padre Baker (*Sancta Sophia*, página 175): «Por lo que hace a las almas que por respetos humanos abrazaron la vida religiosa, no desmayen por eso, creyendo que ya ningún fruto pueden sacar en ella faltándoles el llamamiento divino; antes bien, confíen en que correspondiendo fielmente en lo sucesivo al género de vida que han abrazado por especial providencia de Dios contra sus intenciones y voluntades, la religión que profesan será un beneficio infinito para sus almas.

No raras veces se ha visto esto en grandes Santos luego que Dios les concedió luz para ver sus perversas intenciones y gracia para rectificarlas; con cuyos medios, quienes *comenzaron por la carne, acabaron por el espíritu*.

En las casas religiosas, en el estado eclesiástico y hasta en la vida devota en medio del mundo, ¡qué aliento tan grande no deben infundir en no pocos de nosotros semejantes palabras y ejemplo para volver a

empezar nueva vida, aun cuando la hayamos antes comenzado varias veces y vuelto después a abandonar! Lo que todos nosotros necesitamos ahora es imitar los últimos años de Santa Jacinta.

Pero ¿cómo alcanzaremos la santidad de los últimos años de Santa Jacinta pronta y fácilmente?

Cultivando los tres caracteres arriba mencionados, a saber: celo por la gloria de Dios, susceptibilidad por los intereses de Jesús y solicitud por la salvación de las almas.

En estas tres cosas consiste la simpatía con Jesús, y la simpatía es el fruto y el aliento del amor, y el amor es la santidad, y un Santo es simplemente aquél que profesa a Jesús más amor que la generalidad de las personas piadosas, y a quien el mismo Señor, en recompensa, le ha enriquecido con favores especiales.

SECCIÓN 2

LOS TRES INSTINTOS DE LOS SANTOS

1.^º Celo por la gloria de Dios

Es una verdad fundamental de la religión que el único fin del hombre en la tierra es glorificar a Dios, salvando su alma. Éste es nuestro único fin, nuestro único negocio; todo lo demás nada debe importarnos. Las criaturas nos ayudan o nos sirven de estrobo en negocio de tanto interés, y así usaremos de ellas, según que contribuyan o se opongan a la consecución de semejante fin.

De este primer principio y de los dos preceptos de amor de Dios y del prójimo nace en nosotros la obligación de procurar la gloria divina en la salvación del alma de nuestros hermanos como en la nuestra propia. Si amamos a Dios, evidentemente seremos celosos de su gloria, y tanto mayor será nuestro celo cuanto más encendido sea nuestro amor hacia su divina Perona. Cuando tomamos a pecho un negocio de interés, estamos seguros de llevarlo a cabo con calor y perseverancia.

La persona que llega a amar ardiente-mente a su Dios hágese lo que nosotros lla-maos hombre de una idea. Todo lo ve des-de un solo punto de vista; los empleos y profesiones son para él otras tantas calam-i-dades necesarias que le distraen de su úni-ca ocupación, y no busca en todo y por todo sino la gloria de Dios; éste es su último pen-samiento al acostarse, y el primero que le asalta al despertar por la mañana.

Si obtiene algún puesto, autoridad o in-fluencia, el primer impulso suyo es de ver cómo lo empleará a la mayor gloria de Dios, si le sobreviene alguna desgracia, o por el contrario, recibe en herencia una suma con-siderable de dinero, ésta es asimismo la pri-mera idea que le sugiere su entendimiento; se interesa grandemente por la Iglesia y los pobres, por la educación y moralización de costumbres y no por otra razón, sino por-que estos objetos rebosan gloria divina.

Cuando un hombre se entrega de lleno a la política, sea la del Gobierno o la de la oposición, no ve cuanto acaece sino con re-lación a las ideas que absorben todas las po-tencias de su alma. El estado de la cosecha, la probabilidad de una mala recolección, nuestras relaciones internacionales, el des-

contento interior, el malestar de las clases obreras, son para él otros tantos asuntos que afectan grandemente al partido político a que está afiliado. Pues así, igualmente sucede a la persona que ama a Dios de todo corazón; no hay cosa, por inverosímil que parezca, que, según ella, no tenga que ver con la gloria divina. No quiere esto decir que deba estar siempre pensando en semejante asunto con actual intención; esto sería imposible, y en cierta manera superior a la condición humana; pero sí que ésa es la idea que más le preocupa, y la primera que suele ocurrírsele, como acontece a aquél que ama con pasión un objeto y desea con vivas ansias poseerlo.

Pues esto no es muy difícil de lograr. No hay en ello ningún sacrificio costoso de hacer, ninguna espantosa austeridad que practicar. Comencemos sosegadamente a ejercitarnos en esta devoción; primero un poco, luego algo más, y así sucesivamente, hasta que por fin lleguemos a familiarizarnos y nos sea enteramente habitual.

Todas las mañanas dirijamos a Dios una corta oración para conseguir de su inefable liberalidad una especial gracia de estar siempre buscando su gloria, y luz singular

para hallarla. Renovemos dos veces al día dicha intención, pidiéndole semejante favor después de la Comunión, rosario y examen de conciencia. Si alguna vez lo olvidamos, no desmayemos por eso, ello vendrá con el uso; y como nosotros lleguemos a perseverar unos cuantos meses en dicho ejercicio, el mismo Dios empezará entonces a ayudarnos de una manera muy especial. Pero no antes, ¡tenedlo muy presente!, pues tal es su conducta, esto es, esperarnos algún tiempo y ver si perseveramos.

Dios realmente está ayudándonos sin cesar; de otra suerte sería imposible nuestra perseverancia en el bien. Repito, pues, que esto, como véis, no es difícil de alcanzar; y si lo consiguiéramos en el transcurso de un año, ¡cuántas millas nos aproximaríamos a los Santos, y cómo prosperarían entonces los intereses de Jesús!

SECCIÓN 3

2.^º Susceptibilidad de los intereses de Jesús

Empleo de propósito esta palabra, por-

que no conozco otra que exprese con tanta exactitud mi pensamiento. Nosotros sabemos perfectamente qué es la susceptibilidad por nuestros propios intereses y los de aquéllos que son nuestros amigos o allegados. Nos ofenden a la más ligera insinuación o sospecha de un ataque; constantemente estamos acechando con recelosa suspicacia, como si todos cuantos se nos acercan abrigasen contra nosotros algún designio siniestro. Cuando tal imaginamos, al punto nos damos por ofendidos, y denunciamos a nuestros ofensores como a enemigos; o, si nuestra suspicacia no llega a este extremo, los censuramos con acritud, o bien perdemos la calma y les hablamos con cierto desabrimiento. Aplicad, pues, todo esto a los intereses de Jesús, y os habréis formado una idea cabal de lo que es un Santo.

Sin embargo, aun las personas virtuosas no comprenden dicha exquisita delicadeza, y hasta la condenan como una extravagancia o indiscreción, solamente porque ignoran que es servir a Dios con servicio de amor.

Cuando una persona extremadamente sensible por los intereses de Jesús oye cualquier escándalo, luego al punto siente en su

ánimo una angustia horrible; habla con amargura de su corazón de semejante falta; apenas puede disfrutar un momento de reposo y continuamente se la ve inquieta y sobresaltada.

Sus amigos no conciben cómo lo toma tan a pecho. «¿Pues qué tiene ella que ver, dicen, son semejante escándalo, ni qué responsabilidad puede caberle en dicho asunto?». Así es que están prontos a acusarla de afectación, pues no ven que todo el amor de su amigo es por Jesús, y que es para su espíritu un verdadero martirio la más mímina injuria que se infiera a los intereses de su amoroso Señor.

Otra manera de manifestarse esta susceptibilidad por los intereses de Jesús consiste en la exquisita delicadeza y viva detestación de la herejía y falsa doctrina. La pureza en la fe es uno de los más caros intereses de Jesús; y en su consecuencia, aquél que ama con encendido amor a su Señor y Maestro, forzosamente ha de sufrir una horrible angustia, superior a todo encarecimiento, con la enseñanza de una falsa doctrina, especialmente entre los católicos.

Toda opinión que redunde en olvido de Nuestro Señor, en depreciación de su gra-

cia, en deshonor de su Madre, en detrimiento de los Sacramentos, en menoscabo, por mínimo que sea, de las prerrogativas de su Vicario en la tierra, aunque se emitá incidentalmente y en conversación pasajera, le punza con tal viveza, que hasta llega a sentir un sufrimiento corporal.

Las personas irreflexivas se escandalizan hasta cierto punto de sensibilidad tan extraña; pero es únicamente porque no saben apreciar en cosas espirituales una delicadeza que, en objetos terrenos, les parecería lo más natural del mundo. Así es que no hallaréis un solo Santo que no haya conservado viva en el fondo de su corazón esa pena del amor, esa incapacidad para oír impasible el ruido de la herejía o falsa doctrina, y aquél que no la experimente es seguro, como el sol está en los cielos, que no ama a Jesús sino con pobre y mezquino amor.

Se manifiesta igualmente dicha susceptibilidad conforme la ocasión lo requiere, en todos los intereses de Jesús de que hablamos en el capítulo anterior. Una observación, sin embargo, debemos hacer aquí. Sucederá con frecuencia que una persona en cuyo corazón no ha echado todavía el amor

divino hondas raíces sea indiscreta, impaciente, descortés y desabrida; sospechará donde no haya ningún motivo para ello, y no podrá sufrir con calma la indiferencia y frialdad de los demás, como lo sufriría ciertamente si el hábito de la caridad estuviese en ella perfectamente formado.

Esto no raras veces redunda en descrédito de la devoción, pues no hay personas que sean juzgadas con tanta severidad como aquéllas que hacen profesión de vida devota. Pero no desmayen por eso, acuérdense que es preciso que tengan al principio sus faltas e imperfecciones, que deben subir los escalones menos suaves de la vida espiritual; que no pocas veces, y esto debe servirles de gran consolación, mientras los hombres las condenan; Jesús las absuelve, y por último, que las imperfecciones mismas de su tierno amor agrandan grandemente al Señor, al propio tiempo que son odiosas a sus divinos ojos la crítica y modeeración pomposa de sus detractores.

Ahora bien, no sería difícil cultivar esta sensibilidad y exquisita delicadeza por los intereses de Jesús, no obstante de ser uno de los principales instintos de los Santos. ¿No valdrá, pues, la pena de ensayarlo?

¿Puede acaso haber mayor placer en la vida que servir a Jesús por amor? Hoy mismo podríamos empezar, ninguna dificultad hay en ello, ningún cambio repentino, ni violento se necesita obrar en nuestro género de vida. Pensemos un poco más sobre el divino amor, pidamos también algo más de amor, y ya nos hallamos en la verdadera senda; la Confraternidad, sin trabas ni obligación alguna, nos pone en el principio de dicho camino.

SECCIÓN 4

3.^º Solicitud y salvación de las almas

Éste es el tercero y último instinto de los Santos, que nos pone en simpatía con Jesús. El mundo y los intereses materiales del mundo están todos contra nosotros, y nos llevan tras sí. Nos impresiona mucho más lo que vemos con los ojos corporales que aquello que contemplamos con la lumbre de la fe.

Jesús, sin embargo, vino al mundo para salvar las almas; derramó por ellas su Preciosa Sangre y por ellas murió; prosperan

sus intereses a proporción que las almas se salvan, y se menoscaban a medida que se condenan. El alma es la única cosa digna de todos nuestros cuidados.

¡Condenarse un alma, y condenarse para siempre! ¡Quién es capaz de sondar el horror de semejante desventura! ¡Quién puede formarse una idea exacta del abismo, de la ruina, de la incommensurabilidad de la desdicha, de la insopportabilidad del tormento y del irreparable abandono de la desesperación de un alma eternamente condenada!

¡Y Santa Teresa vio, no obstante, en espíritu, que se agolpaban las almas diariamente, en confuso tropel, a las puertas del infierno, como los montones de hojas secas que forma el viento de otoño!

¡Y Jesús estuvo tres horas pendiente en la Cruz por la salvación de cada una de esas almas condenadas! ¡Y todas ellas podrían encontrarse ahora despidiendo vivísimos rayos de resplandor y hermosura en la Corte celestial!

¡Y esas almas quizá nos amaron, y nosotros las amamos igualmente; y no poco había, por cierto, que amar en ellas! ¡Fueron generosas, afables y caritativas: pero

amaron el mundo, se dejaron llevar de sus malas pasiones, crucificaron de nuev, aca-
so sin pensarlo, a Nuestro Señor, y ahora están condenadas, eternaente condenadas!

¡Qué maravilla que los siervos de Jesús gimian por quienes el mismo Jesús gimío también! Así es que se les ve siempre solí-
citos por misiones, escuelas, Órdenes reli-
giosas, ejercicios espirituales, indulgencias
y jubileos; constantemente están llenos de
planes, y si no de planes, a lo menos de ora-
ciones; cuídanse poco de toda otra cosa que
no sea el importante negocio de la salva-
ción de las almas, y todo lo sacrifican por
ellas.

Nada les importa recibir desaires, sufrir
chascos e incurrir al principio en algún en-
gaño, pues son todo por las almas.

Por ellas comienzan de nuevo todos los días a levantar planes y tirar nuevas líneas; y no se desaniman porque no vean claramente si habrá hombres y dinero para continuar las obras que emprenden; su consolación es que toda obra por las almas es por su propia vir-
tud una obra completa, y completa para mien-
tras subsista; pues toda dispensación de la gracia y de la Preciosa Sangre es una cosa apetecible y gloriosa en sí misma.

He aquí por qué la Iglesia, madre amorosa de las almas, se afana tanto en fomentar esos estímulos temporales de retiros espirituales, misiones y jubileos; semejantes prácticas son completas por sí mismas, y para mientras duren; de aquí que al propio tiempo que unos se ocupan en hablar, y fijgar, y criticar, y resfriar y desanimar a los demás, aquéllos aman a Jesús, prosiguen trabajando en la salvación de las almas con simplicidad de corazón, sin pensar en el mañana.

Volúmenes enteros podrían escribirse acerca de esta pasión por las almas, que se halla en toda persona que profese un tierno amor a Jesús. No es encargo hecho solamente a Pedro, sino también a todos los que aman: «Una vez convertido, confirma a tus hermanos. —¿Me amas más que éstos? —Apacienta mis corderos».

Efectivamente, ¿no tenemos cada uno de nosotros un sinnúmero de medios con que contribuir a la salvación de las almas? Y por la intercesión, al menos, ¿no quedan enteramente abiertos los tesoros de toda la Iglesia a la influencia alegre y eficaz de nuestras oraciones igualmente que al mismo Papa?

Los Santos están principalmente formados con estas tres cosas: celos por la gloria de Dios, susceptibilidad por los intereses de Jesús, solicitud por la salvación de las almas. Estos tres instintos constituyen el carácter más bello y angelical, y nos ayudan más que ninguna otra cosa a asegurar nuestra predestinación.

He aquí las tres cosas que la Confraternidad procura formar en nosotros. Ya hemos visto cuán fácil es adquirirlas, nos basta con aprender a amar y servir a Jesús por puro amor; no hay sexo, edad ni condición que no sean igualmente convenientes para la práctica de estas tres cosas. ¡Qué cambio tan radical no se obraría en el mundo si unos cuantos acometiesen semejante empresa y la prosiguiesen con calma apacible en la vida ordinaria y oraciones de cada día!

Cuando muere un sujeto en las primeras capitales de Europa, suelen decir sus amigos en elogio de su actividad, energía y tenaz perseverancia: «Ese hombre ha vivido solamente para llevar a cabo aquella importante línea férrea; su objeto exclusivo no fue otro que arrancar al Gobierno un plan de educación más científico en favor del pueblo; se consagró con todas sus fuerzas

a la causa del librecambio, o bien fue un verdadero mártir de sus gestiones por la protección. Ésta fue su única idea; crecía en él con la edad; no pensaba en otra cosa, ni perdonó tiempo ni gastos para hacer adelantar un solo paso su causa favorita y los intereses a que estaba tan apgado; tal fue su monomanía. Desempeñó admirablemente su cometido, porque puso en ello todas sus potencias y sentidos; el mundo tiene, pues, una deuda de gratitud que pagarle».

Ahora bien; ¿por qué no deberá decirse igualmente de nosotros: «Ha muerto; fue un hombre de una sola idea, no se cuidaba de otra cosa, sino de que viniese el reino de Dios y se hiciese su voluntad, así en la tierra como en el cielo? Semejante propósito consumía y devoraba sus entrañas; velando y durmiendo no le ocupaba ningún otro pensamiento; nada le arredró; por su idea favorita no perdonaba tiempo ni gastos, y cuando esto le faltaba, escalaba el Cielo con oraciones. No tomaba interés por ninguna otra cosa; esto fue su alimento y bebida y lo que embargaba todo su ánimo, y ya ha muerto!».

Efectivamente, ha muerto; pero mientras el otro se dejó acá sus vías férreas y su pan

barato, nuestro amigo se llevó consigo al Tribunal de Jesús todo su amor, todas sus penitencias y oraciones, y lo que allí estas cosas han hecho en favor suyo, ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano concibió jamás (1 Cor. 2,9).

Ponderad, pues, detenidamente estas tres cosas, estos tres suaves instintos de los Santos, este servicio de Jesús por amor. ¿Queréis ver el efecto que producen en un corazón piadoso, aun en las cosas más pequeñas? Pues vais a verlo.

Cierto jesuita español no podía resolver si sería mejor ganar una indulgencia por el alma del purgatorio más abandonada y olvidada, o bien por aquella que se hallase más próxima a su libertad y entrada en la gloria. Veíase enteramente embarazado; ambas cosas eran tiernos actos de caridad; pero ¿cuál de los dos era el más tierno? ¿Cuál más agradable a Jesús? Como este buen Padre era de un corazón sumamente compasivo, se inclinaba más hacia la pobrecita alma abandonada, a causa, precisamente, del desamparo mismo en que se encontraba, produciendo una horrible angustia en su ánimo tener que abandonarla a su olvido. Pero se decidió, al fin, en favor

de la primera, y he aquí las razones que le movieron a tomar semejante resolución: «Si bien es cierto, decíase a sí mismo, que atendiendo al exceso de la miseria, el acto más grande de misericordia consiste en aplicar la indulgencia por el alma más necesitada, la caridad es, sin embargo, una virtud más excelente que la misericordia y el acto más subido de caridad consiste en ofrecer la indulgencia por el alma que más amó a Dios, no buscando en ello otra cosa que la mayor gloria del Hacedor como Criador de esa alma, pues se halla más cercana a su entrada en los Cielos, donde al punto empezará a glorificar a Dios de un modo inefable con sus alabanzas y felicidad.

Aquí había celo por la gloria de Dios. «Además, el alma no es propiamente la victoria completa de Jesús hasta que no arriba al puerto dichoso de la gloria y la presenta nuestro adorable Redentor al Eterno Padre como trofeo de su Sagrada Pasión. ¿Y no será mejor hacer esperar en el purgatorio a la pobre alma abandonada que no a Jesús en el Cielo? Y la pesadumbre que se experimenta dejando en su abandono al alma más olvidada, ¿no ejercerá alguna influencia sobre Jesús, y no alcanzará algún soco-

rro en favor de dicha pobrecita alma desamparada?». Aquí había una susceptibilidad y sensibilidad exquisitas por los intereses de Jesús.

«Pero, aparte de todo esto, proseguía el piadoso jesuita, cuanto menos tarde su entrada en el Cielo el alma que se halla a él más cercana, tanto más pronto empezará a conseguir de Dios toda suerte de gracia para mi alma y la de todos los pecadores que existen en la tierra». Aquí había una solicitud por la salvación de las almas.

En vista de estas razones, se resolvió a ofrecer sus indulgencias por el alma más cercana a su rescate, pero no sin exhalar al propio tiempo un fervoroso suspiro y dirigir asimismo una mirada compasiva a María, y concebir una esperanza fundada de que Jesús había de obrar alguna cosa extraordinaria a favor del alma desamparada.

Parece que esta decisión del buen Padre tiene en favor suyo una respetable autoridad, pues entre las revelaciones hechas a Sor Francisca del Santísimo Sacramento, religiosa carmelita española, una de ellas tiene por objeto el asunto que nos ocupa. Le declaró el Señor cómo distribuía casi todos los sufragios de la Iglesia universal del día

de Áimas entre todas aquéllas que se hallaban más cercanas a la gloria, manifestándola al propio tiempo la innumerable muchedumbre de almas que salían del purgatorio en la tarde de ese día (1).

Por otra parte, sabemos que el alma más abandonada fue la devoción especial de San Vicente de Paúl (2); pero las almas desamparadas fueron el objeto de la vocación del Santo, y su herencia y posesión.

Había aprendido el piadoso jesuita a darse razón en todo cuanto obraba; no digo yo que debéis vosotros ser tan singulares, pero como quiera que sea, este ejemplo nos muestra muy a las claras cómo pueden las tres cosas penetrar insensiblemente en un alma piadosa, influyendo en sus más minuciosas acciones y devociones más ocultas. Tal es el único objeto de este pequeño tratado.

1. *Vita*, pág. 171.

2. *Peint pas ses Ecrits*, pág. 258.

ÍNDICE

Introducción	3
--------------------	---

PRIMERA PARTE

Intereses de Jesús	5
SECCIÓN I - Jesús todo por nosotros y todo por amor	5
SECCIÓN II - Intereses de Jesús	13
SECCIÓN III - Los cuatro principales intereses de Jesús	21
1º La gloria de su padre	21
SECCIÓN IV - 2º El fruto de su pa- sión	25
SECCIÓN V - 3º El honor de su Ma- dre	28
SECCIÓN VI - 4º El aprecio de la gra- cia	31
SECCIÓN VII - Como aumentaremos los intereses de Jesús	36

SECCIÓN VIII - La oración, medio principal de fomentar los intereses de Jesús	42
---	----

SEGUNDA PARTE

Símpatía con Jesús	46
SECCIÓN I - La simpatía con Jesús, señal de santidad	46
SECCIÓN II - Los tres instintos de los santos	58
1º Celo por la gloria de Dios	58
SECCIÓN III - 2º Susceptibilidad de los intereses de Jesús	61
SECCIÓN IV - 3º Solicitud y salvación de las almas	66